

Todas estas cazas, realizadas á la luz del día, son la pasión favorita de los árabes, y se entregan á los placeres venatorios lanzando ruidosas exclamaciones de gozo.

¿Cómo se explica que los árabes no organicen con más frecuencia grandes cacerías?

Es que el árabe argelino, por prohibición expresa de las autoridades francesas, no puede usar fusil; y las cacerías de grande aparato revelarían que los indígenas faltan á la ley, y serían severamente castigados.

El árabe argelino suele ir hipócritamente á solicitar de la autoridad protección y amparo contra el león que destroza su ganado; y obtiene á veces del jefe del *bureau* (puesto militar), permiso para usar el fusil.

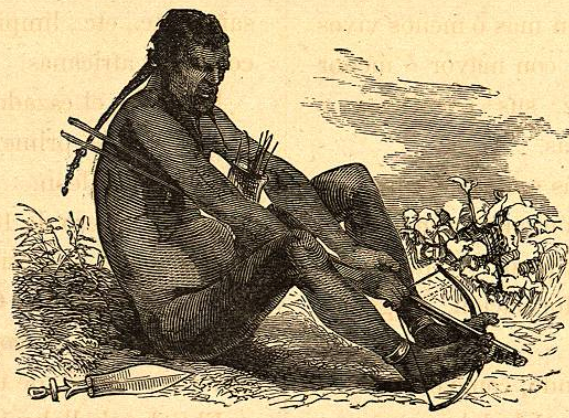
Pero si en las selvas argelinas son raras las grandes cazas, en que se corre la pólvora, el árabe sólo tiene el recurso de esperar el león á su paso; pero como la fiera no tiene itinerario fijo, y el árabe es muy perezoso, desiste muchas veces de su empeño.

Cuando el león ha robado varias cabezas de ganado en un mismo aduar, sus individuos se apresuran á jurar su muerte.

Entonces, si no puede organizarse una de esas monterías ruidosas, que son su delicia, se resignan á cazar silenciosamente á la fiera de noche al aguardo (*melbeda*).

Pero estos acechos son raros en las tribus no sujetas á la estrecha vigilancia francesa; pues, así que se proponen cazar al león, los indígenas prefieren que la pólvora *hable* á la luz del día, y combatir frente á frente al sultán de las montañas, en el bosque y la llanura, entre los gritos de los ojeadores, el estrépito de la fusilería y los saltos de la alimaña, que espía el propicio momento de destrozar alguno de los cazadores.

La *zubia*, foso descrito por Gérard, empieza á caer en



desuso entre los árabes de las provincias argelinas.⁽¹⁾

Hé aquí la razón: los árabes dejan en invierno sus rebaños á la intemperie, expuestos á frecuentes lluvias. Cuando el invierno es riguroso, los indígenas suelen perder muchas cabezas de ganado. Hace unos tres años, los *tharactha* de la provincia de Constantina perdieron la mitad de su hacienda en caballos, buyes y carneros, etc., etc.

El Gobierno ha proporcionado medios á los árabes de Argel para el abrigo de su ganado; y la *zubia* ó foso es inútil durante el invierno. En el verano los árabes se alejan de los bosques, y levantan sus tiendas en la llanura, donde el león hace raras apariciones.

Un error muy difundido en Argel entre los europeos, al contemplar algún despojo de león, sin las garras, es creer que el león ha sido aprisionado y muerto en la *zubia*, y que se ha arrancado las uñas en los momentos de cólera y desesperación, haciendo inútiles esfuerzos para salir del foso.

Es que ignoran que las mujeres árabes, llenas de singulares supersticiones, despedazarían, si no se lo vedaran, al león, para hacer de sus uñas amuletos para colgarlos del cuello de sus hijos; de los dientes de la fiera, remedio para el dolor de muelas; de la grasa, específico para alivio á los dolores; y de la cola conjuro contra engaños.

Los maridos ponen coto á semejantes demasías de las mujeres árabes; pues hartos conocen el valor de una piel de león casi intacta, y toman las mayores precauciones para no estropear el animal.

(1) Semejante artificio es aún muy usado en otras comarcas africanas.

CAPÍTULO V

AVENTURAS VENATORIAS NARRADAS POR LOS PRINCIPALES CAZADORES DE LEONES

I



BUNDOSA y variada materia ofrece este capítulo.

Los cazadores de leones más célebres, Anderson, Gordon, Cumming, Jules Gérard, Bombonnel, Chassaing, Cheret, Pertuiset, Livingstone, etc., etc., han escrito casi todos sus cacerías.

Los héroes de tan audaces empresas venatorias han pintado, con más ó menos vivos colores, con mayor ó menor sencillez, sus peripecias y aventuras.

Quizás se note alguna contradicción entre aquellos cazadores; pero, por punto general, y después de detenida información, juzgamos

veraces sus narraciones.

La raza leonina va desapareciendo, como otras feroces alimañas, de muchas comarcas del globo.

Lejos estamos de la época en que quinientos leones,

según afirma el naturalista Plinio, eran introducidos á la vez en las arenas del circo romano al inaugurarse la época del segundo consulado de Pompeyo; pero existen leones en la provincia argelina, en el Atlas, y en otros territorios africanos, donde han acudido los célebres cazadores para realizar las cacerías del león, chacal, pantera y jabalí.

Las narraciones de los cazadores franceses rebosan de notas características y cómicas, que contrastan con las peripecias y peligros propios de las cacerías y luchas con fieras; pero ofrecen subido interés, y nadie será osado á negar las hazañas y merecido renombre que han conquistado, en Argel, Gérard, Pertuiset, Chassaing, etc., etc., limpiando de animales feroces varias comarcas africanas.

Pertuiset, el cazador artista, refiere con gran gracejo y donosura la primera noche que se puso en acecho para cazar el león.

Era en Enero de 1864 cuando enderezó sus pasos al África con el propósito de heredar los lauros conquistados por el capitán Gérard, que acababa de morir.

Pertuiset iba en compañía de tres compatriotas, cazadores como él, de un guía y un criado árabe.

El Sol se hallaba á su ocaso, y las primeras sombras de la noche comenzaban á oscurecer los objetos.

«Todos,—dice Pertuiset,—nos habíamos encaramado á lo alto de los árboles para aguardar el paso de la fiera.

La naturaleza dejaba percibir los primeros gritos nocturnos de los huéspedes de las selvas, y se oían los aullidos de los chacales, mezclados con los ladridos de los perros de los aduares de la tribu de Salah-ben-Omar, que habían sentado sus reales en la ladera del monte.

Los ruidos extraños, confusos y misteriosos fueron acentuándose al avanzar la noche, y sólo sobresalía un chillido característico, que era contestado á lo lejos por otros iguales.

Eran los chillidos de los mochuelos.

En aquel momento, mi compañero el barón L*** tosió con estrépito desde lo alto de su escondrijo.

—¡Ohé!... ¿Cómo estáis?

—Mal; muy mal.

—¿Es que no habéis sabido acomodaros?

—No; pero no importa.

—¿Qué tenéis, pues?

—Sufro horriblemente del estómago.

—Bajad.

—Á ningún precio.

—¿Por qué?

—Porque estamos cercados por los árabes.

El barón había tomado los gritos de los mochuelos por los alaridos de guerra de los árabes.

—¡Bravo!—dije, lanzando una estrepitosa carcajada.—Sólo estamos cercados por avechuchos que imitan á maravilla la voz humana.

—¿Estáis cierto?

—Ciertísimo.—Bajad, barón, y os conduciré á vuestra tienda.

—Me engaáis.—¿Oís los gritos de los árabes mezclados con los rugidos de los leones?

—Permaneced, pues, en las ramas, barón, ya que así lo queréis; pero yo me voy.

—¡Deteneos! ¡deteneos!

Y se deslizó á lo largo del árbol. Pero, apenas hubo tocado con los pies al suelo, armó precipitadamente su carabina, tembloroso, parándose á cada instante; dando un salto cada vez que veía dibujarse un matorral de forma sospechosa é indecisa en medio de las tinieblas de la noche.

Regresamos á nuestra tienda, y así terminó la primera noche de acecho en los campos africanos.

Un mes después, me hallaba á seis kilómetros de Gemnape, en la vertiente de la montaña en cuyas últimas estribaciones se halla Phillippeville.

El agua caía á torrentes hacía muchas horas, y, vagando por aquellas soledades, me hallaba mojado y

aterido de frío. Añadid á esto una oscuridad completa, siendo imposible distinguir, á una distancia de cinco metros siquiera, un árbol y una roca.

Sería media noche. Me hallaba exhausto de fuerzas y de paciencia, y cobijado bajo un árbol. Sólo anhelaba el salir de tan apurada situación, cuando de improviso oí un rugido formidable, que fué inmediatamente contestado por otro no menos estruendoso; seguidos de dos, después tres, hasta veinte. Esta vez no había duda: los leones estaban cerca.

Hacia tiempo que me había preparado para oír por vez primera aquellos rugidos que inspiran pavor á los más bravos. Sin embargo, cuando los ecos repercutieron tales gritos, sentí (yo lo confieso) que mi corazón latía con violencia.

Inundóse mi frente de sudor, mi respiración volvióse fatigosa, la sangre afluyó á la cabeza, y oscureció mis ojos, engendrando en mi cerebro imágenes sangrientas, y gigantescos grupos de alimañas feroces luchando y destrozándose.

Al cabo de algunos instantes, gracias á un poderoso esfuerzo de mi voluntad, logré dominar el estado desordenado de mi ánimo; y vi desvanecerse los fantasmas creados por el terror.

Escuché, entonces, con atención é inmóvil; y, con el dedo puesto sobre el gatillo de la carabina, registré con la mirada las profundas tinieblas que me rodeaban, dispuesto á disputar cara la vida á los huéspedes de las selvas.

Los rugidos crecían y se multiplicaban á mi alrededor. ¿Qué iba á pasar? ¿Sería pasto de las fieras, ó bien sólo testigo de uno de estos combates encarnizados á que suelen entregarse entre sí los leones?

Había afrontado durante mi vida muchos peligros; pero el que ha oído rugir en las soledades de la noche los leones, es el único que puede comprender mis angustias y sobresaltos. Una hora, al menos, permanecí inmóvil y clavado en el sitio, como señoreado por una fuerza invencible.

Poco á poco, los gritos fueron menos distintos, menguaron y se extinguieron, y reinó el más profundo silencio á mi alrededor.

Los leones parecían huir de mí, y, sin embargo, se narraban diariamente sus hazañas, que costaban á los cultivadores de Bona sus mejores bueyes y carneros.»

II

Bechade, afanoso de cazar el león, refiere también que varias veces se había alejado solo de los aduares,

de noche, poniéndose en acecho. «Veía sienpre,—dice,—gran número de chacales, hienas, rara vez panteras, pero jamás leones; y me veía forzado á regresar tristemente á mi tienda sin haber experimentado las emociones que anhelaba hallar en África.

De día, seguía las huellas del león para ir después en su busca; pero todo fué inútil: tras veinte noches aburridas, estaba á punto de renunciar á mis empresas venatorias, cuando se me ocurrió que tan estériles resultados debían atribuirse sólo á mi inexperiencia. Resolví, pues, llevar conmigo á un árabe experto y conocedor de los hábitos y tretas del león.

Pronto hice la elección, y tomé por guía, y compañero de mis expediciones venatorias, á un árabe, de origen nubio, de la tribu de Ouichaouá, llamado Mohammed-Ben-Hassen, ó Ben-Hassen por abreviación.

Su físico me cautivó en seguida. Hé aquí, ahora, su semblanza ó retrato: su cutis era de ébano, las cejas espesas y lustrosas, sus ojos grandes, negros y brillantes; y llevaba ligero bozo sobre el labio. Era un tipo hermoso, un verdadero Adonis de las selvas, valiente y audaz hasta la temeridad.

—¿Quieres seguirme al djebel (montaña)?

—De mil amores,—contestó;—pues me aburre de noche en la ciudad.

No pude menos de sonreirme, pues tal contestación dejaba entrever que en el campo empleaba la noche en otras cosas que en dormir.

Salimos bien armados, enderezando los pasos hacia el lado en que se hallaba establecido su aduar.

Buscamos un sitio apropiado para el acecho. Un camino estrecho, cerrado por enormes peñascos, obtuvo la preferencia de mi compañero.

Subimos la rápida pendiente de este camino, por donde no suelen pasar más que los devotos de San Huberto y merodeadores.

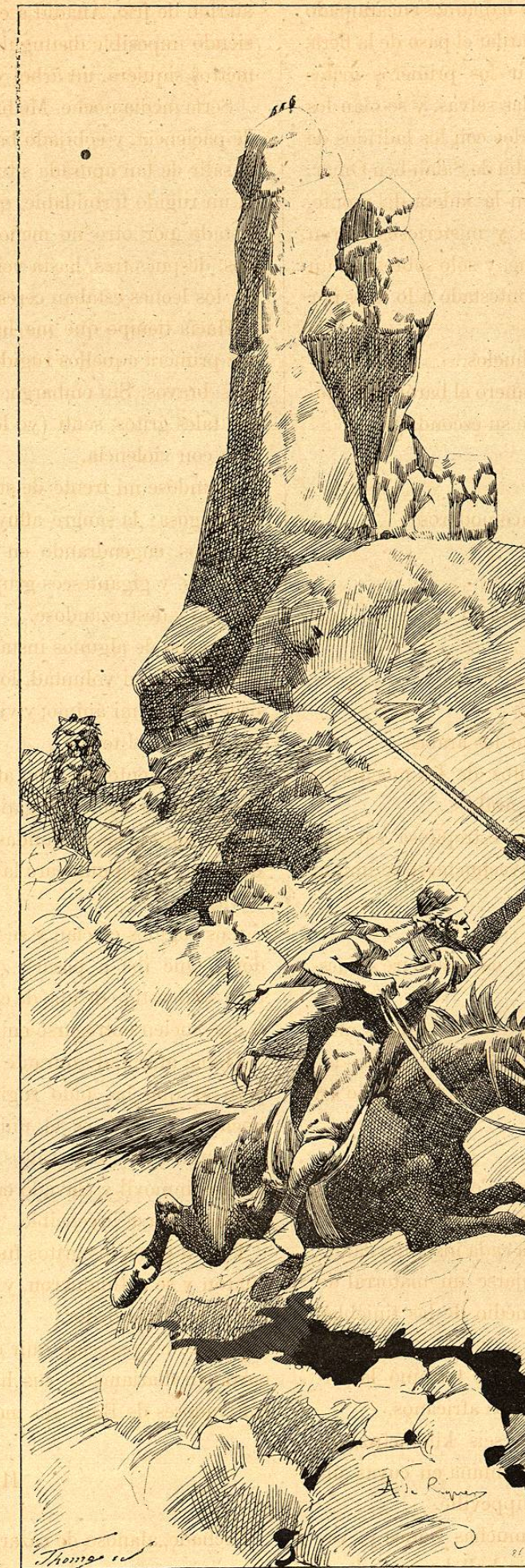
Nos paramos al llegar á la cima, y pudimos desde allí dominar la llanura, y las ondulaciones y estribaciones del monte.

Como no había aún anochecido, nos sentamos.

Tras un sabroso coloquio con el árabe, verdadero estudio de un ejemplar curioso de la raza africana, esperamos que las tinieblas de la noche nos envolviesen por completo para colocarnos en el sitio del acecho.

El árabe no se había equivocado. No trascurrió mucho tiempo, cuando á unos doscientos pasos sonó un prolongado rugido.

Yo me hallaba apostado y en acecho tras de un gran peñasco; y, al oír la voz de la fiera, asomé la cabeza.



Árabe huyendo del león